

Un yuma entre cubanos

Dick Cluster

Escritor y profesor. Universidad de Massachusetts, Boston.

La revista *Temas* me ha pedido escribir un artículo, basado en mi experiencia, sobre la manera en que los visitantes estadounidenses ven a los cubanos y viceversa, pero manteniendo los temas políticos al margen y no en el centro. Mi primera reacción fue pensar que resultaría imposible. Los visitantes estadounidenses van a Cuba a ver lo prohibido. Violan la prohibición de viajar impuesta por su gobierno o, si no, viajan con permiso concedido por motivos relacionados con la política interior o exterior de los Estados Unidos. En la mayor parte de los casos, llegan buscando un sistema distinto que abrazar o un sistema distinto que condenar. Al menos, vienen a ver por sí mismos cómo es este otro sistema. ¿Acaso pueden examinarse sus impresiones de una forma no política?

Permítaseme ofrecer un ejemplo, aunque no sea típico. En el otoño de 1994, el caricaturista estadounidense Bill Griffith visitó Cuba y luego dedicó un mes de su columna humorística diaria «Zippy» —que se publica en varios diarios del país— a una versión de su viaje con algo de ficción. Está entre lo mejor que he visto sobre Cuba en la prensa estadounidense, pues capta los valores, deseos y decisión de un grupo variado de cubanos en medio del período especial. Al visitante le sorprendió sobre todo, la vivacidad del cubano, su espontaneidad,

la autenticidad de su conversación, la rapidez con que a él —un norteamericano— le era posible entablar amistad con cualquiera, desde un pintor en *autostop* hasta Ramón Castro. El personaje de Zippy veía la política estadounidense como algo completamente absurdo, y se decía a sí mismo que se iría a vivir a Cuba si no fuese por «el calor, la humedad y la dictadura del proletariado». El análisis del autor, sin embargo, se centraba en torno a lo que siempre ha constituido el centro de la crítica de Griffith a la sociedad estadounidense. La explicación de la vivacidad y espontaneidad de los cubanos enfatizaba que Cuba era un país todavía no dañado por la tiranía y la homogeneización de la cultura de masas estadounidense, las marcas comerciales estadounidenses y los productos estadounidenses.

En otras palabras, los estadounidenses suelen venir a este territorio prohibido para encontrar confirmación de lo que ya piensan y enseguida explicar todo lo que ven a partir de un análisis político realizado de antemano. Esto, unido a nuestro deseo nacional de simplificar en demasía al mundo, contribuye a la tendencia de que los visitantes estadounidenses vean a Cuba, como ha dicho alguien, solo con un ojo: como el paraíso o como el infierno. Me sorprendió el comentario de la esposa de un viejo amigo cubano. Al cabo de un rato de

Los cubanos llaman «extranjeros» a los extranjeros de forma muy natural, como se llaman unos a otros «negra» o «jabao», como llaman «tuertos» a los tuertos, «mancos» a los mancos, lo que no se hace en los Estados Unidos ni lingüística ni culturalmente.

conversación, me dijo: «Usted no parece norteamericano. Debe de ser británico o algo así». Cuando le pregunté por qué, respondió: «Escucha demasiado».

Al pensar sobre todo esto, se me ocurrió que podría ser posible enfocar de otro modo el artículo. Aceptemos el hecho de que la fascinación que siento por Cuba y por los cubanos tenga mucho que ver con los objetivos, logros y fracasos del proyecto cubano de transformación revolucionaria y por la parte que desempeñan en él muchos *seres humanos*. Pero tratemos de escuchar un poco más lo que se ha estado produciendo en los rincones: ¿qué otras cosas se han estado produciendo en esas interacciones y cuáles son las demás fuentes de esta fascinación que hacen que yo, y otros, regresemos una y otra vez?

En concreto, me refiero a la experiencia de mis visitas a Cuba en las siguientes ocasiones: 1969-1970, durante tres meses en la Zafra de los Diez (u ocho y medio) Millones, cortando caña con la Brigada Venceremos; 1979, como turista, una semana y media durante el breve período de legalización de los viajes bajo el gobierno de Jimmy Carter; 1984, una semana en La Habana invitado por una editorial cubana; 1992-1996, con interrupciones, cinco semestres, casi todos en La Habana, trabajando con profesores cubanos de inglés.

Orgullo nacional / estilo hippie

Sábado por la tarde o domingo, sin trabajo, un viaje a la playa (tal vez Jibacoa) con comida y cerveza. Parece un banquete político de algún tipo, con oradores y traductores en una mesa principal colocada sobre una plataforma, pero los cubanos de la Brigada, casi todos de unos veinte años, comienzan a bailar y cantar. ¿Beber y bailar en una celebración política? Yo, estadounidense blanco, no había visto ni canto ni baile espontáneos en una celebración política desde los primeros años del Movimiento en Pro de los Derechos Civiles, surgido de las tradiciones de la iglesia afroamericana.

De modo que esa fue una de las cosas que me atrajo, pero también el problema de las *palabras*. Cantan una canción con el estribillo: «Los cubanos ni se rinden ni se venden». Un estadounidense sentado junto a mí, que ha vivido en México y sirve de traductor oficioso, comienza a decir que eso no es internacionalismo proletario. Según él, la letra debiera decir: «Los *comunistas* ni se rinden ni se venden». Pero los cubanos no admiten la importancia de la distinción. Comprendo que esta gente puede

permitirse su orgullo nacional y dejar que este los mueva, sin preocuparse porque su nacionalismo tenga su lado negativo. Me parece algo tan encantador como su deseo de bailar y cantar.

1969, la otra cara de la moneda. Nosotros, los miembros del contingente estadounidense de la Brigada, somos también hijos de la corriente cultural de Woodstock.¹ Decimos muchas malas palabras, nos dejamos crecer el cabello, deseamos «hacer el amor y no la guerra» y la música que traemos es introspectiva o desafiante. (Esto se produce en un momento en que, según supe muchos años después, no se permitía a Silvio Rodríguez actuar en nuestro campamento porque todavía se le consideraba demasiado *hippie*.) Pero todo nuestro comportamiento anarquista o maleducado no es antisocial, sino que marcha junto a nuestros ideales. «Creíamos que apestarían», nos confesó un cubano. Pero no apestabamos.

Los cubanos que participaron en las primeras Brigadas Venceremos pueden o no haber seguido teniendo que ver con los estadounidenses, y los estadounidenses pueden o no haber seguido visitando Cuba y al tanto de los sucesos que allí se producían, pero todavía no he conocido ni sabido de ninguno del grupo para quien la experiencia no fuese poderosa y perdurable. Por mi parte, creo que esto se debió a esos encantos. Cada uno de los dos grupos tenía algo que el otro deseaba experimentar, al menos indirectamente.

Luego está lo que con el tiempo he llegado a considerar como el enfrentamiento entre el isleño y el cosmopolita. No me refiero al grado de educación o de conocimiento del mundo —bastante parecidos en ambos grupos—, ni a la confianza en sí mismos, porque nuestras contrapartidas cubanas rebosaban de ello. Pero me di cuenta de que los cubanos deseaban hablarme sobre su isla, sobre su provincia, sobre su historia, sobre sus expresiones idiomáticas... y que no les interesaba especialmente saber de mi continente o consideraban que ya sabían lo suficiente. En cambio, yo deseaba reunir toda su información, recogerla como con una aspiradora.

Tal vez si hubiéramos estado en los Estados Unidos y ellos hubieran sido los visitantes hubiera ocurrido lo contrario, pero no creo que fuera así, al menos del todo. Luego descubrí que, a pesar de la idea de que representaban la ola histórica del futuro, a algunos de los miembros cubanos de la Brigada les sorprendía comprobar que habíamos venido a aprender, no importa cuán superficialmente, lo que ellos estaban haciendo en su isla. Les sorprendió saber que los del Primer Mundo

pensaban que lo que ellos hacían tenía algo que ofrecernos. Esto fortaleció su propia creencia en sí mismos. Nosotros, a la inversa, necesitábamos tratar de apropiarnos, de «tragar», de digerir su espíritu y experiencia y hacerlos nuestros de algún modo.

Volveré a esto porque, a mi juicio, es algo que todavía está presente. A manera de generalización excesiva, creo que el isleño puede tener la tendencia a temer ser demasiado provinciano y estar alejado del resto del mundo, mientras que el cosmopolita puede temer estar vacío, carecer de centro. Cuando la interacción es buena, positiva, en ambas direcciones, el isleño se siente menos aislado —menos guajiro, por decirlo así—, mientras el cosmopolita se siente menos distante de las fuentes de las cosas. Añádase a esto el hecho de que el cosmopolita tenía que demostrar que era capaz de vérselas con el trabajo agrícola y el isleño —aunque solo agricultor temporal— debía enseñárselo. Esto, junto con la solidaridad internacional en sus aspectos políticos, brindaba una poderosa receta para la larga duración de las vibraciones positivas.

¿Invitación a entrar a la casa?

En 1979 hubo una segunda experiencia, una gira sobre la que no me extenderé aquí, porque los encuentros que recuerdo con mayor fuerza se produjeron en las mañanas y las tardes libres en que pudimos escapar de la gira y caminar en pequeños grupos por las diversas barriadas. Entre ellas visitamos un vecindario de edificios *cinco plantas* en las afueras de Camagüey y otro más viejo en el centro histórico de Santiago de Cuba. Lo sorprendente y encantador, para nosotros, fue que la gente invitaba a sus casas a aquellos desgarbados turistas.

En los Estados Unidos uno no invita a los extraños a su casa no solo por razones de seguridad, sino también porque, sencillamente, es algo que no se hace. Uno pudiera, a lo sumo, sacar algún tiempo de su programación diaria para compartir un café o un trago con un nuevo conocido, pero la invitación a la casa se produce después, y por teléfono. Puede que la familia del nuevo apartamento de la microbrigada quisiera exhibirlo, del mismo modo que los dos —un camionero retirado y una trabajadora social— deseaban contar que su hijo acababa de graduarse de ingeniero nuclear. Los de Santiago —una costurera retirada, una enfermera y un bailarín de cabaret— solo deseaban compartir nuestros cigarros, su vino y conversar de cualquier cosa.

En este caso, no sé qué vieron en nosotros. Me sorprendió cuando un año después me llegó a mi casa en los Estados Unidos una carta certificada —y no era de la agencia de seguros amenazando con cancelar la póliza si no pagaba. Llegaba de la familia de Santiago de Cuba: me recordaba nuestra amistad indestructible y me pedía que, de ser posible, les enviara algunos artículos de vestir de las siguientes tallas, por favor. Políticamente quedé desconcertado —no se suponía que los cubanos

necesitaran mi caridad—, pero luego se me ocurrió que para eso era la amistad entre cubanos.

La forma correcta

Ha sido una larga tarde de reuniones en la Editorial Pueblo y Educación. Mi guía y traductor ocasional debe marcharse, pero estoy inmerso en una conversación con tres editoras de nivel medio y sus asistentes, una conversación más útil que la previamente entablada con el director. Se lo garantizamos al guía: nos podemos entender en español y las tres mujeres pueden ponerme en el autobús que me lleve adonde debo ir. Sin embargo, la conversación requiere ahora más esfuerzo, por la lengua, y al pasar a hablar de Dashiell Hammet me toma un minuto traducir mentalmente *La llave de cristal* a *The Glass Key*.

Cuando lo hago, surge un vínculo importante. Atravesando fronteras de lengua y bloqueo, una de las editoras y yo hemos descubierto que preferimos la misma novela de Hammet —probablemente la menos conocida de las suyas en los Estados Unidos. Lo importante no es solo la coincidencia, sino los obstáculos de viajes, visas, prohibiciones y lenguaje que hemos debido salvar para saberlo.

Para cuando hemos saltado esos obstáculos y terminado de dar y tomar direcciones de autobús y me he apeado en la parada que debía, después del Túnel de Línea, mi descubrimiento de *La llave de cristal* posee una mayor importancia de la que tal vez tenga. Significa, entre otras cosas, la amplitud de cultura y lectura de los cubanos, sus sofisticados gustos y su comprensión de la maquinaria electoral estadounidense, que constituye el trasfondo de la obra de Hammet. Pienso que se trata de una experiencia corriente y, a la vez, una de las causas de que muchos visitantes estadounidenses, de regreso a los Estados Unidos después de un viaje corto a Cuba, crean que han aprendido más de lo que en realidad han hecho. La experiencia de la conversación a través de fronteras es elevada y permite aumentar la importancia de cualquier conversación que deseemos.

Desde luego, esta tendencia a invertir unas pocas conversaciones de un gran significado no se limita a los estadounidenses. Un canadiense anglófono, con un español limitado, me aseguró una vez haber descubierto por qué los cubanos no leen mientras esperan los autobuses: porque hace mucho usaron como papel sanitario todos los libros en rústica, de modo que no queda ninguno para que la gente ande con ellos. Sabía que esto era así, me dijo, porque un cubano se lo había dicho.

Vivir en un país durante algunos años y trabajar en sus instituciones hace que uno desarrolle un sentido más complejo de lo que no sabe y de lo que hace. Espero que haya sido así en mi caso, pero de todos modos creo que muchas de las dinámicas aludidas funcionan todavía. Deseo volver a lo del isleño/cosmopolita. Recuerdo la

primera vez que me paré en la carpeta de un edificio de oficinas. La recepcionista dijo sin el menor pudor: «hay un *extranjero* aquí que quiere verlo». La experiencia se repitió muchas veces, incluso en llamadas telefónicas dirigidas al Departamento de Relaciones Internacionales del Ministerio de Educación, por ejemplo. «Fulana, hay un extranjero en el teléfono que quiere hablar contigo».

En los Estados Unidos, llamar «extranjero» a alguien es descortés, xenófobo y, muchas veces, también racista. Se produce mucho; esta actitud se expresa en todo: desde una nueva legislación que suprime los derechos de los inmigrantes hasta las golpeaduras de que han sido objeto los mexicano-americanos —imágenes exhibidas, por cierto, en la televisión cubana. Pero no se le dice a nadie «extranjero» en su propia cara, a no ser que se tenga el deseo de ofender, o al menos de que se esté dispuesto a ello. El concepto de extranjero no puede separarse de la idea de intrusión, peligro, amenaza.

En Cuba, al menos hasta donde lo he percibido, decir que uno es extranjero equivale simplemente a mencionar un hecho. No quiero negar la existencia de un elemento político que incluya una amenaza: puede sospecharse que los extranjeros, sobre todo los estadounidenses, son portadores de «contagio ideológico». Tampoco quiero negar que, en las condiciones actuales, un extranjero es una persona con acceso a divisas y bienes. Pero lo que he sentido casi siempre no son estas implicaciones. Los cubanos llaman «extranjeros» a los extranjeros de forma muy natural, como se llaman unos a otros «negra» o «jabao», como llaman «tuertos» a los tuertos, «mancos» a los mancos, lo que no se hace en los Estados Unidos ni lingüística ni culturalmente. Y el contenido semántico de la palabra «extranjero» es exactamente eso: *extraño*. Se visten de forma extraña, hablan de forma extraña y es probable que también coman cosas extrañas.

Eso hace que en ocasiones resulte frustrante ser extranjero, porque uno tiene que empeñarse en demostrar que no es un completo ignorante, que sabe quiénes son el actual y el anterior secretario del Partido de La Habana, quiénes las estrellas de *Fresa y chocolate*, a cuánto están los huevos en la calle... o que ya ha cocinado o probado algo tan innovador como las croquetas de boniato, o un plato tan tradicional como el congrí. Pero se trata de una carga que se puede disfrutar, porque da la oportunidad de demostrar la capacidad de hacer lo que hacen los cosmopolitas, los viajeros, los exiliados voluntarios: absorber la cultura local, aprender a imitarla, intentar trabajar dentro de ella, «hacerse nativo», como decían peyorativamente los británicos. Y, al propio tiempo, la situación de extranjero me confiere una libertad que no

tengo en casa. Mientras demuestre respeto, mientras haga el esfuerzo de aprender lo que muchos extranjeros, tanto rusos como estadounidenses, no hicieron, nada de lo que haga es especialmente *extraño*. Resulta un derecho mío, porque, al fin y al cabo, soy un extranjero.

Y no un isleño. Una de las grandes contradicciones de la cultura cubana, para mí, es que al propio tiempo que los cubanos son grandes improvisadores —todo isleño debe serlo—, existe una «forma correcta» de hacer las cosas, tal vez porque una isla es un lugar limitado en tamaño y formas. Volviendo a la comida, existe «una forma» de hacer el arroz, y la comida no es comida sin él. Cuando se me pregunta sobre la cocina de los Estados Unidos, siempre me pierdo, porque las cocinas que conozco, y que me gustan, son las procedentes de la India, México, China, Italia. Pero en La Habana hay una forma de pelar la yuca, una forma de limpiar el inodoro, un policlínico u hospital que es el mejor para esto o para aquello, un lugar mejor y más barato para comprar cualquier cosa que pueda comprarse. Si hay más de una forma, entonces las diferencias son regionales —occidental u oriental— y, por consiguiente, tema de mucha disputa.

Y así, con la libertad de experimentar que confiere el hecho de ser extranjero, más la necesidad de hacer las cosas de modo correcto para ser cortés, siempre que estoy en Cuba me convierto en una persona distinta; en una persona, como el personaje cómico de Bill Griffith, más abierta, que habla con extraños, que no cruza las calles para evitar a los conocidos, que escucha las historias de sus vidas o sus últimos problemas, y que cuenta algunos de los suyos.

¿Será por esta causa, así como por la búsqueda del socialismo, por la que siempre vuelvo?

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Se refiere al legendario concierto de *rock* que tuvo lugar en Woodstock, al norte del estado de Nueva York, en 1969, que se convirtió en un sitio de reunión de miles de jóvenes y en símbolo de la contracultura de los años 60.

© TEMAS 1996.